



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



La rosada

Por Nazira Belén Günther

*¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas,
que privilegia el cielo y dora el día!*

Luis de Góngora

La bombacha halló su escape del departamento ubicado en Gón-gora y Fragueiro a eso de las siete de la mañana. Salió por la ventana que daba a la avenida cuando ésta recién comenzaba su movimiento habitual de tránsito barrial. Gonzalo sacó su cabeza por el tercer piso con confusión, debido a la aparente angustia de su novia, Mariana, que si bien pensó fingida, resultó ser tan cierta como su (ahora lo admite) exagerado llanto cuando Instituto perdió un partido del campeonato local la tarde anterior. En ese mismo instante, la bombacha se encontraba colgada de un cable de teléfono a pocos metros de su rostro. “Seguro que la alcanzo con una escoba” pensó el cadete, con la ingenuidad de un joven enamorado ansioso por calmar las lágrimas de su amada.

Gonzalo no la vio huir, pero Mariana describió el siniestro con todo detalle. Su rutina había sido de lo más ordinaria. Se había levantado a las seis, como todos los lunes, de todas las semanas, de todos los meses desde que había comenzado su labor como maestra de primer grado en el IPEM. Había empujado sutilmente a Gonzalo para no despertarlo del sueño que lo mantenía roncando junto a ella; fue hasta el armario y seleccionó con cuidado la ropa que conformaba su uniforme: el jean azul desgastado, la chomba blanca básica y los zapatitos bajos de cuerina, para mayor comodidad.

—Lo único que hice diferente fue agarrar la bombacha rosada, Gonzalo. Y es tu culpa, así que vos la vas a tener que ir a buscar.

Mariana le recordó al hombre su último fracaso sin tapujos: el no poder colocar la goma del lavarropas que se había corrido la semana anterior. Por su “ilógico orgullo macho” (como lo describió su novia al negarse a llamar a un técnico), ella debió tomar una bombacha de las que guardaba para ocasiones especiales. Y, ahora, ésta había huido a la oscuridad de la madrugada cordobesa, que ya se teñía de ese naranja ocre que precede a un día caluroso.

—Cuando entré a la ducha, todavía estaba quieta, colgada del perchero —siguió Mariana—, pero cuando apagué el agua, me entró un frío horrible y ahí me di cuenta de que la ventana, que te juro la cerré con la perilla a la noche, ahora estaba abierta y la bombacha volaba. Iba hacia arriba, hacia la luna. Parecía uno de esos mosquitos de la costanera, que se van todos en fila para el alumbrado. Pero al toque se trabó en el cable, por suerte.

El oyente no estaba de acuerdo con la parte de “la suerte”. Para ese entonces, Gonzalo ya se hallaba colgado de la ventana, con todo su cuerpo inclinado hacia adelante y el palo de la madera del escombillón en la mano derecha, tratando de salvar la íntima prenda de su novia de la publicidad del barrio. Un par de transeúntes pasaron por debajo de él, pero nadie le prestó atención. Hace rato notaba que en la ciudad, tal vez por la contaminación de la luz que llevó a que se pierda la posibilidad de observar el cielo en su esplendor, la gente ya no miraba para arriba.

En un segundo, el cadete logró que el palo pase por uno de los agujeros de la pierna de la bombacha. Aguantó la respiración, levantó el palo para atraer a la fugitiva hacia él y, cuando creyó que él ganaría la partida y el amor de su damisela, el ambicioso apuro del novato que se creía victorioso, lo hizo tirar demasiado rápido. Sus ojos observaron cómo el triángulo rosado se resbalaba y caía sobre la antena del Ford Fiesta bordó de los Faya —los dueños de la dietética que estaba bajo su edificio—, que esperaba para doblar hacia la Fragueiro.

No hizo falta más que una mirada de Mariana para que Gonzalo supiera que debía ponerse unos pantalones y salir detrás de la desertora. Sin otro medio de transporte que la RedBus que ella le deslizó junto con sus manchadas zapatillas deportivas antes de que “se le ocurra salir en patas”, el hombre bajó a las apuradas las escaleras de su edificio. Ya en la calle, echó una mirada hacia las paredes

beige despintadas para saber si Mariana le mandaría, al menos, una sonrisa de apoyo. Pero solo notó que la persiana de plástico blanco había vuelto a encerrar a su damisela (y sus ropas) en la intimidad de su urbano castillo.

El auto culpable de la desaparición de la bombacha ya no se encontraba en la calle. Pero como buen animal de hábito y vecino chusma de la comunidad, Gonzalo sabía que los Faya estaban llevando a su hijo a la Inmaculada, donde el chico era un “excelentísimo, muy bueno, de todos dieces y nueves” alumno de quinto año. El cadete conocía bien esa zona, porque a veces le tocaba controlar por la peatonal, especialmente en la feria improvisada que se armaba cerca de la Facultad de Derecho. Por eso también sabía que el hijo de los Faya se vivía rateando del colegio para boludear en la plaza de la catedral. El cadete ya lo había visto tirándole piedras a las palomas desde los pies de la estatua de San Martín, pero jamás se lo diría a su madre. Ella siempre le regalaba frutos secos a Mariana, con lo caros que estaban.

En ello pensaba el valiente joven cuando escuchó el pitido negativo que se temía al subir al 30, el cual esperó en la parada por solo cinco minutos. Debió correr hasta Lope de Vega para llegar y, si bien la frecuencia estuvo de su lado, el aumento del boleto no, por lo que el hombre dependió de un buen samaritano que aceptó perdonarle el precio de medio alfajor para continuar con su búsqueda. Parado, con las axilas mojadas y la boca seca por el esfuerzo, Gonzalo comenzó a dudar de su estrategia quijotesca de fingir que estaba realizando una intensa persecución policial. En su lugar, se preguntaba si no era más que un pobre boludo.

El dejo de esperanza que genera en el cerebro argentino un asiento libre en el *bondí*, lo hizo sacudirse esos pensamientos cuando pudo sentarse luego de la parada que pasaba la plaza Rivadavia. En su infancia, esa plaza no representaba más que un lugar de encuentro para jugar a la bolita entre bancos destartalados y montañas desgranadas de tierra seca. Ahora, una serie de juegos infantiles de colores brillantes la convertían en un lugar que buscaba ser anfitrión de recuerdos familiares, aunque a Gonzalo le parecía anticlimático. Tal vez porque por las mañanas, él siempre notó que los colores de Córdoba eran sutiles, suaves, cordiales. Eran los tonos de las paredes

terrosas y de las luces amarillas que se escondían, tenues, detrás de las cortinas de tela de los gigantes de cemento y ladrillo que se intercalaban con las casitas viejas, esas que todavía mantenían la costumbre de los jardines delanteros. Eran los lilas y rosas de los lapachos en esos jardines. Era el cielo naranja que se despejaba de distracciones edilicias en las vías del tren. Era el silencio de la mirada citadina en el colectivo mientras los trabajadores se limpiaban las lagañas de los ojos y los estudiantes debían ir o hacer conexión en el centro.

Tal vez fue esa la sutileza la que ayudó a Gonzalo a notar la bombacha con tanta rapidez. Cualquier otro que no tuviera la entrenada vista del cadete urbano -aquella que le permite prever cuando un ladronzuelo está por meter mano en una cartera o cuando un vago está por sacar una botella de cerveza de la mochila-, no la hubiera notado. Fue cuando el colectivo dobló a la izquierda en General Bustos, que el Ford Fiesta se colocó justo a su lado. Lo más probable era que los Faya se hubieran detenido en alguna panadería, ya que podía observar al más joven de ellos masticando unas facturas con crema. Gracias a ello su presa estaba a la vista.

La bombacha, que ondeaba cual bandera de guerra a la altura de los ojos del caballero, casi orgullosa de su proeza de libertad, parecía burlarse del pobre hombre. Este colocó su mano en el vidrio sucio del bondi con la esperanza de atravesarlo, tomar el maldito pedazo de tela y retornar a la comodidad de su hogar para tomar unos mates antes de dirigirse a la estación.

Pero la imposibilidad de tal acto obligó a Gonzalo a pensar su siguiente movimiento con cuidado. Pronto, el colectivo y el auto doblarían por General Paz y luego de cruzar el puente Centenario, perdería al vehículo de vista. Por un momento pensó en volver a su hogar y rezar que el auto de sus vecinos regresara con la bombacha en la antena, pero nada le aseguraba que el estandarte rosado no se separaría de su asta.

Como si de un presagio se tratase, las luces del 30 se apagaron al mismo tiempo que su motor mientras esperaba, en la bajada antes del puente, a que el semáforo diera el verde. Los clamores y quejas de los dormidos pasajeros no se hicieron esperar, a la par que el conductor pedía “tranquilidad y calma, que viene un 32 atrás”. De mal humor por la perspectiva del hacinamiento en un móvil que vendría

ya lleno de más lagañas y ánimos de lunes, los pasajeros bajaron con lentitud por la escalera del fondo, a lo que Gonzalo se lamentaba por haberse ubicado en uno de los asientos del frente.

A diez metros de su fallido Rocinante, Gonzalo siguió con la mirada las ruedas del Ford Fiesta, que se alejaba sin ninguna clase de conocimiento de que, encima de él, llevaba el símbolo de la vergüenza de un lastimero caballero. Incluso sabiéndose derrotado, decidió desoír la voz de la razón que le dictaba su conciencia y bajó a trote limpio la calle de las casas sobre las colinas, que parecían observarlo desde arriba con sus escaleras empinadas y graffitis feministas, con la lástima de castillos que no son poseedores de problemas tan mundanos.

En menos de dos minutos, el cadete ya se encontraba en la vera del Suquia. A su izquierda, el nuevísimo Parque de las Heras iluminaba sus portones cerrados con una elegancia sublime. Sin embargo, lo primero que notó Gonzalo fueron las sombras de los árboles en la vereda, las cuales se proyectaban en movimiento continuo, como si de los brazos de monstruos míticos se tratara. El significado de esto no se le escapaba: fuertes vientos amenazaban la estabilidad de la bombacha que, en su paradójica y aparente inocencia, pareció escuchar sus sentimientos y echarse a volar a pocos metros, cuando otro semáforo en rojo detuvo al Ford Fiesta justo antes de que cruzara el puente.

Gonzalo siguió su recorrido con la mirada mientras recuperaba el aliento. La bombacha, tal como había descrito Mariana media hora antes, no seguía el trayecto normal de cualquier prenda de su peso, sino que volaba hacia arriba, atraída por la luz de una luna que casi desaparecía detrás de la estrella solar. En un recorrido irreverente, trepó como una pluma hasta el puente estilo Calatrava que se hallaba en plena construcción. Gonzalo la observó evitar vigas, tirantes y cajones de cemento hasta posarse sobre la punta de la estructura.

Solo entonces, viendo brillar a la rosada bandera fluorescente al calor de un lunes de septiembre, la cual rompía crudamente con la sutileza que tanto le agradaba a él de las mañanas cordobesas, Gonzalo se sintió derrotado. De todas formas, pensó que su mujer lo podía perdonar y que él podría esperar el 32 y aprender, como el resto de la gente, a no mirar hacia arriba.

